



LA LUGAREÑA.

Quince veces había visto María florecer los rosales de su patio, y otras tantas la vagabunda golondrina había vuelto de su viaje á anidar bajo el techado de su corredor sin que jamás hubiese conocido la aflicción ni sentido la pena en su alma.. Todo sonreía alrededor de su habitación que formaba parte de una hacienda de platas en el Mineral del Monte.

Cuando al par que la aurora se levantaba, María corría risueña al través de los verdes prados que separaban su casa de las otras, y todos los que la encontraban le dirigían con el mayor afecto los buenos días. María era el alma de toda la población; porque tan buena como caritativa, era el paño de lágrimas de todos los necesitados. Hija del administrador de la hacienda, este

título ponía alguna distancia entre ella y sus jóvenes paisanas; sin embargo, ella se empeñaba en hacerlo olvidar tratándolas como amigas, recibiendo en correspondencia un afecto fraternal. Había pasado su infancia cual una hermosa mañana de primavera, y su juventud avanzaba rápidamente con todas las gracias y la viveza de esta edad. Sabía ya desde entonces hacer útil su vida y dedicarla á mejorar la suerte de los que la rodeaban, sin rehusar sus beneficios á los que los reclamaban, una dulce satisfacción, por consiguiente, formaba ya en su carácter el primero acaso de los elementos para la felicidad.

Su madre, criada en la casa del conde de Regla, padre del propietario de aquella hacienda, había recibido una educación no vulgar, y el cura del pueblo, anciano respetable, dirigía con sabiduría las lecciones maternas, contribuyendo á formar el alma de María para la religión y la virtud.

Algunas de sus jóvenes compañeras, y sobre todo Clarita, la hija del rayador de una de aquellas minas, se quejaban un día de que ella aprendía á dibujar y cantar, que sabía la historia, que leía perfectamente, que sus bordados sobresalían á todos, y que, en una palabra, todas ignoraban multitud de cosas, de que ella estaba perfectamente instruída. "De suerte, agregaba Clarita, que dentro de pocos días nuestra amistad se irá

disminuyendo, porque llegará el caso de que ni podamos comprenderte, ni tener tú diversión alguna en la ignorancia de nuestro trato y conversaciones."

El rostro de María se enrojeció de pronto, y apresurándose á excusarse como de un crimen, en el que hasta entonces no había reflexionado, les propuso que desde el día siguiente comenzaría á enseñarles así lo que sabía, como lo que fuese aprendiendo de nuevo. La proposición fué aceptada con júbilo. El mérito de María era conocido y apreciado de todas sus vecinas, hasta las de mayor edad. Recibieron con entusiasmo aun sus padres la idea de ver á María dando lecciones á sus amigas, y la huerta se convirtió en una escuela de instrucción, de la que María era la maestra en toda forma.

Mas para no disminuir en nada sus tareas y ocupaciones domésticas, desde entonces robó una hora á su sueño, levantándose más de mañana, ó acostándose más tarde. A la hora de las lecciones, María se sentaba en medio de sus amigas y leía con un aire grave y dulce, preceptos de sabiduría y de buena conducta escritos por el cura, ó en los libros que éste le franqueaba, mientras que aquellas pequeñas cabezas alisadas ó sin peinar tenían los ojos fijos sobre su joven instructora y la escuchaban con un silencio respetuoso, formando un cuadro verdaderamente pintoresco.

Las lecciones dadas con tanto celo, eran aprendidas del mismo modo, y muy pronto sus jóvenes alumnas se instruían unas á otras y tomaban el estilo y los modales más graciosos de que se carece comunmente en nuestras poblaciones pequeñas, y comenzaron á comprender el objeto y la utilidad de los deberes y obligaciones, que hasta entonces sólo habían cumplido maquinalmente.

Aun las niñas, á cuyos cortos alcances sabía acomodarse María, turbulentas antes y distraídas, adquirían una mejora notable, respondiendo á sus padres con respeto y procurando modelar sus acciones á las de su directora con la dulzura y laboriosidad más inesperadas.

Los padres de familia estaban verdaderamente encantados del cambio que se manifestaba en la conducta de sus hijas, é insensiblemente no podían menos de reflexionar sobre la suya; un padre se habría avergonzado de presentarse en estado de ebriedad á los ojos de su hija, que repetía delante de él, con una voz tan dulce y persuasiva, los preceptos del señor cura contra la intemperancia, ni podía excederse contra su mujer, después que á ejemplo de sus hijas se conducía con prudencia y con sumisión religiosa.

Los jóvenes no se entregaban ya en presencia de sus hermanas á libertades ni á

juegos groseros, procuraban imitar sus modales y lenguaje y salir de aquella rudeza que casi les era natural; cuando se reunían en sus fiestas ó bailes, su buen comportamiento así como la modestia de las que bailaban, llenaban de gusto á todos los asistentes. Apenas podía creerse que todas estas maravillas fuesen la obra de una joven de dieciseis años.

Orgullosa su padre con semejante hija, le parecía ya muy estrecho el campo en que explayaba sus adelantos, y vió con positivo desprecio la solicitud que hizo á la mano de su hija, el hermano de Clarita, imaginándose que trasladándose á México una joven tan hermosa como instruída y amable, no podría menos de encontrar muy pronto una colocación brillante. Se guardó muy bien, sin embargo, de comunicar sus quiniéricos planes á su mujer, porque no ignoraba que tan sensata como prudente, no deseaba otra felicidad para su hija, que la que disfrutaba ella misma, juzgándola la única verdadera, y conocía igualmente que no consentiría con facilidad en separarse de María en una edad en que ésta necesitaba más que nunca de sus consejos.

¿Por qué fatalidad en la vida las ocasiones que sirven para efectuar nuestros proyectos más imprudentes, son las que se presentan más á menudo? Apenas el padre de María había concebido la idea de hacer

conocer á su hija los placeres de la capital, y que brillase en ella, cuando la suerte le proporcionó el modo de realizar sus deseos.

Una mañana en que María ejercitaba como de continuo las obras de caridad visitando á un vecino enfermo, notó al volverse á su casa, que se dirigía á la hacienda un hermoso coche acompañado de numerosa concurrencia de individuos á caballo. Era la condesa de Regla, á quien un capricho llevaba por algunos días á su hacienda. El temor natural á la vista de tantas personas extrañas, la hacía retroceder, cuando un criado le preguntó si no era la hija del administrador, á cuya respuesta afirmativa, continuó diciéndole, que la señora condesa la esperaba en la sala. Aunque con timidez, María tuvo que obedecer y saludó á la condesa con una profunda reverencia; ésta la recibió con agrado y felicitó al administrador su padre, de tener una hija tan hermosa.

—Sí, señora, le contestó éste, es una fortuna tener una hija como ésta; pero es una gran desgracia para mí tenerla aquí, porque si la señora condesa conociese sus talentos, su amabilidad y su instrucción, sentiría como yo verla encerrada en un miserable pueblo.

La condesa se sonrió, y dirigiéndose á María la hizo acercar y comenzó á dirigir-

le algunas preguntas. Respondió desde luego á la condesa: que su padre demasiado prevenido en su favor, le atribuía un mérito de que absolutamente carecía, pues no sabía otra cosa que lo que su buena madre había querido enseñarle. A pesar de la modestia de sus respuestas, la condesa penetró su extraordinaria instrucción, y agradada de la amabilidad de su carácter, dirigiéndose al padre de María, le dijo:

—Si mi administrador desea que su hija adquiera la instrucción de la corte, yo tendría mucho gusto en llevármela á México por una temporada; pero su resolución debe ser tan pronta, que no pienso permanecer en la hacienda más que el día de mañana.

El buen padre no pudo disimular su gozo; María había cambiado cien veces de color, sintiendo en su interior que así se dispusiese de ella, sin siquiera haberla prevenido; pero cuando entendió la decisión de la condesa á la resolución de su padre, desapareció de ella toda idea, á la sola perspectiva de tener que abandonar á sus padres y el lugar de su nacimiento; á pesar de sus esfuerzos, sólo un torrente de lágrimas pudo librarla de la opresión extraordinaria que sentía su pecho.

La condesa no quiso ver en esta emoción filial sino una especie de desaire á su oferta, y tomó más empeño en realizarla. El padre

de María, persuadido sinceramente de que la felicidad de su hija iba á asegurarse indefectiblemente, le instó de manera y le hizo tales reflexiones aquel día y el siguiente, que no obstante la oposición de la madre, tuvo que condescender María, y aun que manifestarse más complaciente con la condesa; al tercer día marchaba con ella la joven para México.

La madre de María, inconsolable, recibió muy pronto una larga carta de su hija en que le decía:

“Hace dos días que estoy en esta capital, y todo lo que he visto hasta aquí me ha causado más espanto que admiración. Este rumor que aturde, esta multitud que impide nuestro paso, este fetor inmundado de las calles. . . . ¡Oh madre mía! sólo en el campo se respira con pureza.

“Decid por favor á Clarita que no abandone mi escuela, ella se encuentra ya en estado de continuar las lecturas, que tenía la dicha de dirigir á mis jóvenes compañeras.”

En otra carta recibida dos meses después, escribía de este modo:

“Vd. me exhorta, querida mamá, á que soporte con paciencia todo el desagrado que encuentro en permanecer en esta capital. No sé por qué no hallo simpatías ni en las personas que me rodean, ni en las visitas que me veo obligada á hacer ó á recibir;

sin embargo, hay una persona que me trata mejor, y es el marqués de. . . . Este anciano tan bueno como amable, se ocupa de mí de una manera distinguida; me pregunta con frecuencia mil pormenores de mi vida pasada, se informa de mis estudios, de mis amistades y de mi pequeña escuela; me da excelentes consejos sobre el modo de conducirme en el mundo; sus avisos se parecen tanto á los de vd., que yo los adopto sin titubear. Ultimamente ayer me declaró que me estimaba mucho, y que conociendo el disgusto que me causaba la casa de la condesa, había formado planes más serios sobre mi porvenir, agregando iba á conferenciar con algunas personas de su familia para poner en planta sus proyectos.”

Al escuchar esta carta el padre de María no pudo contener su regocijo. El marqués de. . . ., dijo á su mujer, es viudo, no tiene hijas casadas. . . . Si fuera posible que María fuese marquesa de. . . . porque en efecto, ¿qué otros proyectos puede tener con respecto á ella?

La madre de María trató de disuadir las necias y orgullosas ideas de su marido, recordándole: que la hija de la condesa su ama, estaba propuesta para esposa del marqués, y que la diferencia de sus cunas, aun cuando no hubiese esas circunstancias, sería un obstáculo insuperable. Su marido la interrumpió haciéndola notar que en Méxi-

co, desde la independencia habían cesado esas vanas distinciones, siendo todos los mexicanos iguales, y que aunque la condesa estuviese empeñada en el enlace del marqués con su hija, el amor y las prendas de María harían más en el corazón del amante que las riquezas y la clase de su ama.

Ciego el padre de María con las ideas de un fausto y un engrandecimiento, que consideraba ya próximo, no pudo obtener un momento tranquilo hasta la llegada del próximo correo. En la carta de María se veían repetidas las expresiones del marqués, y ya no dudó un momento en dar por terminado el asunto, á pesar de las sabias reflexiones de su mujer, que con prudencia contestaba á su hija se guardase de alimentar una pasión, que podía serle funesta. A excusas de ella le escribe una carta en la que como si no faltase otra cosa que su consentimiento, se lo otorga y aun le indica que acelere cuanto antes la indecisión del marqués. Semejante indiscreción llegó á su colmo al dirigirle la carta bajo la cubierta de la condesa que tan imprudente como curiosa se impuso de su contenido, y con la rabia y el orgullo propio de su clase, después de reprochar agriamente á María su conducta, la despidió con dureza de su casa, sin permitirle tomar otra ropa que la que tenía puesta.

La infeliz María, puesta en las cuatro es-

quinas, como se dice vulgarmente, sin conocimiento alguno en la ciudad, sin la menor experiencia y conocimiento del mundo, corre cual si siguieran sus pasos los lobos y las fieras al camino que dirige á su pueblo. Cambia un pañuelo por un sombrero, y cual si estuviese en las cercanías de su pueblo, sigue su marcha sin prever otro riesgo que el de perderse. En efecto, la noche se avanza y fatigada del cansancio, no tiene otro recurso que introducirse en un bosque cercano y subir á un árbol mientras llegaba el día.

Su extravío continúa no obstante la luz, por falta de conocimiento del terreno. La fuerza del sol la obligaba á descansar bajo una arboleda, donde sus reflexiones comienzan á ser más serias; conoce la necesidad de buscar un guía que la conduzca, y echando una ojeada sobre su persona, ve que su calzado se ha destruído completamente, y que no tiene otra cosa de valor que el retrato en miniatura que había hecho de su madre y conservaba siempre al pecho pendiente de una cinta. Se resuelve á ofrecerlo á quien quiera conducirla á las cercanías de su pueblo; pero antes no puede menos de abrirlo y dirigir una mirada y un ósculo expresvo á la imagen de su querida madre.

—Yo haré otro, se decía á sí misma, tan pronto como llegue, y esta sensible pérdida

me proporcionará el único arbitrio que me queda para volver al hogar paterno.

Apenas acaba de tomar su resolución, cuando divisa un caserío, al que se dirige, y en el que por fortuna encuentra un anciano que por el valor del oro del relicario, se compromete á conducirla hasta la hacienda y así lo verifica.

Su llegada al seno de sus padres después de la natural sorpresa, produce las más vivas sensaciones. Al día siguiente un criado del marqués llega con una carta para el padre de María noticiándole que una equivocación únicamente había causado el disgusto de la condesa, pues que el proyecto que había meditado con respecto á María, era el de colocarla de aya de sus hijas, y concluía que para indemnizar los sufrimientos de su hija, podía disponer de una cantidad que asegurase su subsistencia.

El orgullo abatido del padre de María, escarmentado con una lección de esta especie, no dudó ya en dar á su hija un enlace apropiado á su clase, y un año después el hermano de Clarita recibía ante el altar la mano de María.

I. G.

México, 1841.



ERNESTINA.

En una pequeña casa de la capital de uno de los Departamentos de la República, vivían tranquilamente doña Martiniana, viuda de un extranjero que vino á México con la expedición de Mina, y Ernestina su hija, joven de dieciseis años, que aunque no era una hermosura perfecta, al examinarla, cualquiera notaba desde luego la vivacidad y la inteligencia de sus miradas. Aunque sus trajes anunciaban que esta familia pertenecía á aquella clase que considera una buena educación como la primera de sus necesidades, á pesar de su aseo y limpieza, desde luego manifestaban en su sencillez la severa economía á que estaba reducida. Un sombrero de paja, un vestido